

**Discurso del Señor Jean-Pierre Charbonneau
Presidente de la Asamblea Nacional de Quebec
y Presidente de la Conferencia**

Sábado 20 de septiembre de 1997, a las 20 horas

**Salón de baile del Château Frontenac
Quebec**

Es un gran placer para mí darles la bienvenida al Château Frontenac esta noche. Sobre este promontorio que domina el río San Lorenzo se levantaron antiguamente la residencia del representante del Rey de Francia, y, luego, la del representante de la Corona Británica en lo que los Europeos llamaban entonces el Nuevo Mundo. El Château Frontenac es una de las joyas del patrimonio arquitectónico quebequense. El recinto en el que nos encontramos fue testigo de acontecimientos que marcaron la historia de nuestra comunidad y, en algunas ocasiones, la de toda la humanidad. Aquí se reunieron Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill junto con sus Estados Mayores, en 1943 y, nuevamente, en 1944. De estas conferencias cumbres surgieron los elementos de una estrategia que conduciría a los Aliados a la victoria.

Estos muros fueron asimismo el escenario de otra cita con la Historia. El 16 de octubre de 1945, representantes de 44 países convinieron en crear la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, a fin de erradicar el hambre en el mundo. Hace dos años, los Ministros de Agricultura y Desarrollo de los Estados miembros de la FAO se reunieron aquí mismo para conmemorar el 50º aniversario de esta organización.

Imagino también que en el futuro se recordará que estos muros albergaron a los parlamentarios de las Américas reunidos por vez primera para discutir acerca de una problemática fundamental: el futuro previsible de los 775 millones de personas que ellos representan.

Antes de seguir, aprovecho la presencia de todos ustedes esta noche para expresar mi gratitud y mi reconocimiento a todos los socios financieros de la Conferencia por la gran confianza

que han testimoniado para con la Asamblea Nacional de Quebec apoyando generosamente la celebración de estas reuniones.

Mi agradecimiento a los Gobiernos de Quebec y de Canadá, a los dirigentes de las empresas privadas y públicas. La estrecha y valiosa colaboración que nos han brindado es un gesto significativo para nosotros.

Permítanme también agradecer a todos los empleados de la Asamblea Nacional que trabajaron de una manera u otra en la realización de nuestra Conferencia. Su dedicación apasionada y profesionalismo han sido extraordinarios y merecen ser destacados.

Finalmente, quiero felicitar a mi predecesor, el Presidente Roger Bertrand, actualmente Ministro de Industria y Comercio del Gobierno de Quebec, por haber sido el primero en creer en el valor de este proyecto propuesto por el Servicio de Relaciones Interparlamentarias de la Asamblea Nacional. En cuanto a mí, tuve el placer y el honor de coordinar esta realización.

La Conferencia Parlamentaria de las Américas está llegando ya a su fin. Mañana, se presentará una síntesis de las deliberaciones, y prepararemos juntos la Declaración final. Si bien no ha llegado aún el momento del balance, quisiera compartir con ustedes algunas impresiones sobre lo que acabamos de vivir juntos, impresiones recogidas durante conversaciones y encuentros. En primer lugar, pude percibir muy rápidamente que surgían convergencias de puntos de vista y se vislumbraban consensos. El entorno en el cual vive cada uno de nosotros es sin lugar a dudas único, pero me parece que muchos de los pasos que podemos dar para que nuestras sociedades avancen son comunes. Por lo tanto, podemos explorar juntos algunas vías de solución y de hecho, es lo que ya hemos comenzado a hacer.

Al cabo de estos dos días, siento también que cada uno de nosotros saldrá más enriquecido. Una riqueza adquirida en el transcurso de nuestros debates y de las experiencias compartidas, una riqueza de nuevos conocimientos e ideas. Conocimientos e ideas que nos hacen avanzar como individuos, y de los que podemos nutrirnos para asumir mejor tanto nuestras funciones

de parlamentarios y de representantes del pueblo, como las de servidores del Estado, investigadores o dirigentes socioeconómicos.

Queridos amigos, en vísperas de la caída del telón de la Conferencia, me doy cuenta cada vez con mayor claridad de que esta primera reunión de los Parlamentarios de las Américas tendrá un mañana. Me doy cuenta también cada vez con mayor claridad de que esta Conferencia estará seguida de pequeños y grandes gestos que realizaremos inspirados en una firme voluntad de actuar. Finalmente, me doy cuenta cada vez con mayor claridad de que la Conferencia y sus repercusiones abren la puerta a acciones concretas y de gran alcance, no solamente en cuanto a la creación de un área de libre comercio de las Américas y a la delicada gestión de los impactos de dicho proceso, sino también con respecto a otros desafíos decisivos para la evolución de nuestro Continente y de nuestros pueblos.

Entre esos desafíos, hay uno fundamental a propósito del cual ya hemos hablado largamente: la democracia. Tanto la que ya existe como la que deseamos ver surgir, ver consolidarse, ver desarrollarse con plenitud en todos los rincones de nuestros países.

Y quien habla de democracia, habla necesariamente de parlamentarismo, a menos que pensemos que la organización, el funcionamiento y la dirección de nuestras sociedades pueden y deben hacerse ahora y mañana únicamente a través de monarcas elegidos. Estoy convencido de que todos los que estamos aquí presentes esta noche, compartimos la profunda convicción de que la democracia parlamentaria sigue siendo, a pesar de sus imperfecciones y de sus traspies a veces, el mejor sistema de gobierno de los pueblos.

¿Significa esto que porque la democracia parlamentaria está presente hoy en casi todas partes de América, nuestras sociedades están bien gobernadas y nuestros conciudadanos están plenamente satisfechos?

¿Podemos decir que el estado de salud de la democracia de nuestros países es bueno o al menos aceptable?

¿Tiene nuestro Continente los mejores estándares democráticos que existen?

Si es así, ¿estos estándares elevados están generalizados?

¿La violencia y la intimidación han desaparecido de todas partes para dar lugar a la tolerancia y a la paz?

¿Los abusos de poder de los políticos, de cualquier sector y tendencia, de la comunidad empresarial, de los líderes sindicales, de los medios de comunicación, de los grupos de interés han desaparecido de nuestras sociedades, incluso los de las más ricas y las más desarrolladas materialmente?

¿La corrupción y el favoritismo han sido erradicados de todos los rincones de nuestro Hemisferio? ¿Nuestros comportamientos de parlamentarios y de líderes están impregnados de las exigencias éticas indisolubles de nuestras funciones y nuestras responsabilidades?

¿Los niveles de información, de concientización, de responsabilización cívica, de compromiso político y de participación popular, principalmente en los procesos de elecciones electorales y de referéndums están a la altura de las necesidades y exigencias de sanas democracias?

Al formular estas preguntas embarazosas, conozco lo esencial de sus respuestas, lo mismo que todos ustedes. Sé, como ustedes también lo saben, todo el inmenso trabajo que queda por realizar para que la democracia, la justicia, la prosperidad y la paz alcancen su plenitud en todas partes.

Pero, por otra parte, como ustedes reconozco también los inmensos avances que hemos realizado en pos de la democratización de nuestro Continente. A este respecto, nuestra presencia en la ciudad de Quebec desde hace tres días es a la vez un momento importantísimo y una etapa significativa de este proceso.

La Historia recordará, así lo espero, que representantes legítimos de casi todos los pueblos de las Américas y de sus instituciones parlamentarias eligieron ser protagonistas, en vez de espectadores pasivos, de la construcción del Futuro.

Todos nosotros, parlamentarios, consideramos que nuestro silencio llevaría a una inevitable erosión de nuestra influencia y nuestra legitimidad como representantes del pueblo. Numerosos grupos sociales participan ya activamente en las conversaciones acerca de la integración económica y la renovación de la cooperación interamericana. Creo sinceramente que debemos alegrarnos de esta apertura, pero también estoy convencido, al igual que ustedes, de que los parlamentarios deben ocupar el lugar que natural y legítimamente les corresponde.

Así, la comunidad empresarial se reúne paralelamente a los encuentros de Ministros de Comercio Exterior de las Américas que se celebran todos los años desde 1995. Sus miembros manifiestan a los Ministros sus opiniones y posiciones acerca de los debates que deben conducir a la creación de un área de libre comercio desde Alaska a Tierra del Fuego. Organizados en red y utilizando las nuevas tecnologías de la información, mantienen un permanente diálogo e intercambian informaciones y datos estratégicos. Su presencia entre nosotros y el apoyo activo de varios de ellos a nuestra iniciativa dan prueba de este importante compromiso.

Las centrales sindicales han seguido el camino de la comunidad empresarial participando en la última reunión de Ministros de Comercio Exterior, celebrada en el pasado mes de mayo en Belo Horizonte, Brasil. Organizaciones no gubernamentales dedicadas a la protección del medio ambiente también se agruparon y se reunieron paralelamente a la Cumbre de las Américas sobre Desarrollo Sostenible, en Bolivia, en diciembre de 1996. Abogaron, frente a las instancias gubernamentales de las Américas, por una integración económica y una liberalización de los intercambios comerciales que respetaran la biodiversidad y las exigencias a largo plazo del desarrollo del Continente. A comienzos de la semana, representantes quebequenses de organismos populares se reunieron a su vez, y, ayer, nos transmitieron formalmente sus reclamos.

Queridos amigos, estas redes que se crean, estos encuentros que se celebran, expresan una

voluntad de no dejar que los especialistas y nuestros colegas ministros decidan solos y a puertas cerradas el futuro económico, social y cultural de los 775 millones de individuos que nosotros representamos.

Como parlamentarios, nuestra lectura de la realidad no es necesariamente la de los tecnócratas, por competentes e indispensables que éstos sean.

Tenemos la posibilidad de garantizar una atenta vigilancia. Podemos, por ejemplo, incitar a los negociadores a tomar en consideración ciertas cuestiones decisivas para el futuro de las poblaciones, que de otro modo serían dejadas de lado.

Nos compete indagar los pormenores y las modalidades de la implementación de una eventual área de libre comercio de las Américas. Nos compete asimismo explicar a nuestros mandantes las razones que pueden legítimamente justificar un proyecto de este tipo y las ventajas que pudieren resultar. Tenemos la responsabilidad de participar, con espíritu abierto pero de manera vigilante, activa e influyente.

Esta primera reunión y sus repercusiones nos brindan la posibilidad de hacerlo.

Nos brinda también una excelente oportunidad de probar a nuestros compatriotas, que se han vuelto tan escépticos y cínicos frente a la clase política, que el parlamentarismo tiene más que nunca una razón de ser y que debe estar en todas partes y siempre en el centro de los debates fundamentales y de las elecciones de la sociedad.

Ahora los invito, queridos amigos, a levantar sus copas y brindar por la fraternidad entre los pueblos de las Américas y entre los parlamentarios de nuestro Continente.

¡Muchas gracias y espero que disfruten de esta velada!